

www.elboomeran.com

Albert Cohen

Bella del Señor

Traducción de Javier Albiñana



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Primera parte

I

Se había apeado del caballo y caminaba por entre avellanos y agavanzos, seguido de los dos caballos que el mozo de cuadra sujetaba por las riendas, caminaba en medio de los crujidos del silencio, desnudo el busto al sol de mediodía, caminaba y sonreía, extraño y principesco, seguro de una victoria. En dos ocasiones, ayer y anteayer, se había mostrado cobarde y no se había atrevido. Hoy, primer día de mayo, se atrevería y ella le amaría.

En el bosque iluminado por los desperdigados destellos del sol, inmóvil bosque de remoto espanto, caminaba por entre las marañas de arbustos, hermoso y no menos noble que su antepasado Aarón, hermano de Moisés, caminaba, riendo de pronto, y era el más loco de los hijos del hombre, riendo de insigne juventud y amor, de pronto arrancando una flor y mordiéndola, de pronto bailando, ilustre señor de largas botas, bailando y riendo al sol cegador que se filtraba a través de las ramas, con donaire bailando, seguido de las dos razonables bestias, de amor y victoria bailando en tanto que sus súbditos y criaturas del bosque se afanaban irresponsablemente: simpáticas lagartijas viviendo sus vidas bajo las sombrillas laminadas de las grandes setas, moscas doradas trazando figuras geométricas, arañas surgidas de las matas de brezo rosa vigilando a los gorgojos de prehistóricas trompas, hormigas palpándose recíprocamente, intercambiando contraseñas y regresando a sus solitarias actividades, pájaros carpinteros ambulantes auscultando, sapos abandonados clamando su nostalgia, tímidos grillos salmodiando, alborotadoras lechuzas de peregrinos despertares.

Se detuvo y, tras besar al mozo en el hombro, le cogió la maleta de la gesta, le ordenó que atara las riendas a la rama y le aguardase, que le aguardase cuanto fuera menester, hasta la noche o más, que le aguardase hasta el silbido. Y nada más oír el silbido, me traes los caballos, y todo el dinero que quieras lo tendrás, ¡por mi nombre! ¡Pues sabrás que lo que

voy a intentar, jamás lo intentó hombre alguno, desde que el mundo es mundo! ¡Sí, hermano, todo el dinero que quieras! Así habló, y de alegría azotó su bota con la fusta, y se dirigió hacia su destino y hacia la casa donde vivía aquella mujer.

Ante la opulenta casa tipo chulé suizo, tan pulida que parecía de caoba, examinó las cazoletas del anemómetro que giraban lentamente sobre las pizarras del tejado, se decidió. Sin soltar la maleta, empujó con precaución la verja del jardín, entró. En el abedul que inclinaba su inflamada cabeza, unos pajarillos armaban su necio bullicio en homenaje a aquel mundo encantador. Para evitar la ruidosa grava, dio un salto hasta los arriates de hortensias protegidos por rocallas. Al llegar al amplio ventanal, miró, semioculto entre la yedra. En el salón de rojos terciopelos y maderas doradas, sentada al piano, ella tocaba. Toca, preciosa, no sabes lo que te espera, murmuró.

Trepando al ciruelo, se encaramó al balcón del primer piso, apoyó el pie en la moldura de la esquina, la mano en un saliente de madera, se izó a pulso, alcanzó el antepecho de la ventana del segundo piso, separó los postigos entreabiertos y las cortinas, saltó a la habitación. Ya estaba en su casa, lo mismo que ayer y anteayer, pero hoy se presentaría ante ella y se atrevería. Rápido, a preparar la hazaña.

Desnudo el busto, inclinado sobre la maleta abierta, extrajo un viejo abrigo hecho trizas y un gorro de pieles apolillado, se extrañó de la corbata de comendador con que acababa de tropezarse su mano. Pues se la pondría, ya que estaba allí, roja y bonita. Tras anudársela, se plantó ante el espejo. Sí, vomitivamente guapo. Rostro impasible coronado de desordenadas tinieblas. Caderas estrechas, vientre liso, pecho ancho, y bajo la piel curtida, los músculos, dúctiles serpientes entrelazadas. Toda aquella belleza al cementerio más tarde, una pizca verde por aquí, una pizca amarilla por allá, sola en una caja resquebrajada por la humedad. Buen chasco se llevarían todas si lo vieses entonces, silencioso y tieso en su caja. Sonrió feliz, reanudó su deambular, de tanto en tanto sopesando su pistola automática.

Se detuvo para examinar al exiguo acompañante achaparrado, siempre dispuesto a hacer favores. Estaba ya dentro la bala que más tarde, sí, más tarde. No, en la sien no, peligro de quedar vivo y ciego. En el corazón, sí, pero no disparar muy bajo. El lugar idóneo era el ángulo formado por el borde del esternón y el tercer espacio intercostal. Con la pluma que yacía olvidada en un velador, junto a un frasco de agua de colonia, señaló el lugar propicio, sonrió. Allí estaría el pequeño orificio

estrellado, rodeado de motas negras, a escasos centímetros de la tetilla que tantas ninfas besaran. ¿Solventar de inmediato tan engorroso asunto? ¿Despedirse de la chusma humana, siempre proclive a odiar, a maldecir? Recién bañado y afeitado, resultaría un cadáver presentable, y comendador por añadidura. No, intentar primero la inusitada empresa. Bendita seas si eres como creo, murmuró al tiempo que abajo el piano proseguía con sus delicias, y se besó la mano; reanudó luego la marcha, medio desnudo y absurdo comendador, pegado a la nariz el frasco de colonia e inhalando sin cesar. Se detuvo ante la mesilla de noche. Sobre el mármol, un libro de Bergson y fondants de chocolate. No gracias, no le apetecían. En la cama, un cuaderno escolar. Lo abrió, se lo llevó a los labios, leyó.

«He decidido convertirme en una novelista de talento. Pero son mis primeros pasos como escritora y tengo que practicar. No será mala idea escribir en este cuaderno todo cuanto me vaya pasando por la cabeza sobre mi familia y sobre mí. Más adelante, cuando tenga un centenar de páginas, utilizaré las cosas auténticas que haya contado para extraer de ellas el comienzo de mi novela, eso sí cambiando los nombres.

»Empiezo emocionadísima. Creo que puedo estar dotada con el sublime don de la creación, al menos así lo espero. Conque cada día escribir por lo menos diez páginas. Si no sé resolver una frase o si me hartó, adoptar el estilo telegráfico. Claro que en mi novela sólo pondré frases de verdad. ¡Y ahora, manos a la obra!

»Pero, antes de empezar, tengo que contar la historia del perro Spot. No guarda relación alguna con mi familia pero es una historia preciosa que pone de relieve las cualidades morales del perro y de los ingleses que se ocuparon de él. Es posible además que la utilice también en mi novela. Hace unos días leí en el Daily Telegraph (lo compro de vez en cuando para no perder contacto con Inglaterra) que Spot, un bastardo negro y blanco, acostumbraba a ir a esperar a su amo cada tarde a las seis, a la parada del autobús, en Sevenoaks. (Demasiadas a. Revisar la frase.) Bien, pues un miércoles por la tarde, como no bajó su amo del autobús, Spot no se movió de la parada y se pasó toda la noche esperando en la carretera, en medio del frío y la niebla. Un ciclista que lo conocía bien, y que lo había visto poco antes de las seis, se lo encontró a las ocho de la mañana del día siguiente, sentado en el mismo sitio, aguardando pacientemente a su amo, pobrecillo. Al ciclista le dio tanta pena que compartió sus bocadillos con Spot y se apresuró a dar aviso al inspector de la Sociedad Protectora de Animales (RSPCA) de Sevenoaks. Tras indagarse, se averiguó que el dueño de Spot había muerto de repente en

Londres el día anterior, fulminado por un ataque al corazón. El periódico no daba más pormenores.

»Angustiada por el sufrimiento del pobre animalito que se había pasado catorce horas aguardando a su dueño, telegrafíe a la RSPCA (de la que soy socia protectora) comunicando que estaba dispuesta a adoptar a Spot y rogándoles que lo enviaran por avión, corriendo los gastos de mi cuenta. El mismo día recibí la respuesta: “Spot ya adoptado.” Entonces telegrafíe: “¿Ha sido adoptado Spot por una persona de confianza? Denme todos los pormenores.” La respuesta, por carta, fue perfecta. La transcribo para que quede patente lo maravillosos que son los ingleses. Traduzco: “Querida señora, en respuesta a su pregunta, nos es grato informarle de que Spot ha sido adoptado por Su Eminencia el arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra, quien creemos reúne toda clase de garantías de moralidad. En su primera comida en el palacio arzobispal, Spot dio muestras de excelente apetito. Nuestros más cordiales saludos.”

»Y ahora, mi familia y yo. Mi nombre de soltera es Ariane Cassandre Corisande d’Auble. Los Auble son de lo mejorcito de Ginebra. De origen francés, fueron a unirse a Calvino en 1560. Nuestra familia ha dado a Ginebra sabios, moralistas, banqueros terriblemente distinguidos y reservados, y un montón de pastores, moderadores de la Venerable Compañía. Tuvimos además un antepasado que hizo cosas científicas con Pascal. La aristocracia ginebrina es infinitamente superior a cualquier otra, exceptuando a la nobleza inglesa. La abuelita era una Armiot-Idiot. Porque están los Armiot-Idiot que son gente distinguida y los Armyau-Boyau que son poca cosa. Por supuesto, el segundo apellido, Idiot o Boyau, no existe en realidad, sólo sirve para no tener que deletrear el final del apellido. Lástima, nuestro apellido no tardará en extinguirse. Todos los Auble han palmado, menos el tío Agrippa que es soltero y por tanto no tiene descendientes. Y si alguna vez tengo yo hijos, irremediablemente llevarán el apellido Deume.

»Ahora tengo que hablar de papá, de mamá, de mi hermano Jacques y de mi hermana Eliane. Mamá murió al dar a luz a mi hermana Eliane. Habrá que cambiar esta frase en la novela, queda la mar de sosa. De mamá, no recuerdo nada. Sus fotos no resultan muy simpáticas, pone cara severa. Papá fue, pues, pastor y profesor en la Facultad de Teología. Cuando murió, éramos aún muy críos, Eliane cinco años, yo seis años y Jacques siete años. La doncella me explicó que papá estaba en el cielo y eso me asustó. Papá era buenísimo, imponía mucho respeto y yo lo admiraba. Por lo que me contó de él el tío Agrippa, era frío en apariencia por timidez, escrupuloso, recto, con esa rectitud moral que constituye la gloria del protestantismo ginebrino. ¡Cuántos muertos en nuestra fami-

lia! Eliane y Jacques murieron en un accidente de automóvil. No puedo hablar de Jacques y de mi Eliane. De hacerlo, lloraría y no podría seguir.

»En este momento tocan en la radio el “Zitto, zitto” de La Cenerentola del horrendo Rossini, el memo aquel a quien sólo interesaban los canelones que confeccionaba él mismo. Hace un rato, Sansón y Dalila, de Saint-Saëns. Peor aún. Hablando de la radio, la otra noche retransmitieron una obra de un tal Sardou, titulada Madame Sans-Gêne. ¡Espantoso! ¿Cómo se puede seguir siendo demócrata después de haber oído las risas y los aplausos del público? El entusiasmo de aquellos idiotas ante algunas réplicas de madame Sans-Gêne, duquesa de Danzig. Por ejemplo cuando, en una recepción de la corte, dice con acento populachero: “¡Aquí estoy!” ¡Inaudito, una duquesa ex lavandera y orgullosa de haberlo sido! ¡Oh, y la perorata que le suelta a Napoleón! Con toda mi alma desprecio a ese tal Sardou. A la Deume le encantó, ni que decir tiene. Horrendos también los clamores vulgares del público habitual de los partidos de fútbol. ¿Cómo no despreciar a esa gente?

»Al morir papá, fuimos a vivir los tres a casa de su hermana a la que llamábamos Tantlérie. En la novela, describir bien su chalé de Champel, lleno de malos retratos de un montón de antepasados, versículos bíblicos y vistas antiguas de Ginebra. En Champel estaba también el hermano de Tantlérie, Agrippa d’Auble, a quien yo llamaba tío Gri. Es muy interesante pero lo describiré más adelante. De momento sólo hablaré de Tantlérie. Es un personaje que utilizaré con toda seguridad en mi novela. Durante toda su vida se esforzó en demostrarme lo menos posible su afecto, que era profundo. Trataré de describirla de verdad, como si fuese el comienzo de la novela.

»Valérie d’Auble era harto consciente de que pertenecía a la aristocracia ginebrina. A decir verdad, el primer Auble había sido comerciante en telas en tiempos de Calvino, pero de eso hacía mucho y lo pasado, pasado. Mi tía era una mujer alta y majestuosa, de hermoso rostro regular, siempre vestida de negro y que profesaba por la moda el más vivo desdén. Tanto es así que, cuando salía, se ponía siempre un extraño sombrero plano, una especie de gran torta, adornada por detrás con un corto velo negro. Su sombrilla morada, de la que jamás se separaba, que llevaba siempre a guisa de bastón apoyándose en ella, era famosa en Ginebra. Muy caritativa, repartía la mayor parte de sus rentas entre instituciones de beneficencia, misiones evangélicas en África y una asociación cuyo objetivo era salvaguardar la antigua belleza de Ginebra. Había creado también becas para difundir la virtud entre jóvenes piadosas. “¿Y para los jóvenes, tía?” “No me interesan los granujas”, me contestó.

»Tantlérie formaba parte de un grupo, ahora casi desaparecido, de protestantes particularmente ortodoxos, a quienes llamaban los Santísimos. Según ella, el mundo se componía de elegidos y réprobos, y la mayoría de los elegidos eran ginebrinos. Había algunos elegidos en Escocia, pero no muchos. Sin embargo, distaba mucho de creer que el hecho de ser ginebrino y protestante bastara para salvarse. Para granjearse la benevolencia del Eterno, se necesitaba además cumplir cinco condiciones. Primero, creer en la inspiración literal de la Biblia y, por consiguiente, que Eva había sido extraída de la costilla de Adán. Segundo, estar afiliado al partido conservador, llamado nacional-democrático, según creo. Tercero, sentirse ginebrino y no suizo. (“La República de Ginebra está aliada con cantones suizos, pero aparte de eso nada tenemos en común con esa gente.”) A los de Friburgo (“¡Qué horror, papistas!”), a los de Vaud, a los de Neuchâtel, a los de Berna y a todos los demás confederados los consideraba tan extranjeros como si fuesen chinos. Cuarto, formar parte de las “familias respetables”, es decir de aquellas, como la nuestra, cuyos antepasados habían pertenecido al Pequeño Consejo antes de 1790. Quedaban exceptuados de esta regla los pastores, pero únicamente los pastores *serios*, “¡y no esos jovenzanos liberales con la cara afeitada que tienen la desfachatez de afirmar que Nuestro Señor tan sólo era el más grande de los profetas!”. Quinto, no ser “mundano”. Esta palabra poseía para mi tía un sentido muy especial. Por ejemplo, era mundano a su juicio todo pastor alegre, o que llevara cuello postizo blando, o que vistiera indumentaria deportiva, o que calzara zapatos claros, cosa que le inspiraba auténtico horror. (“¡Tss, hay que ver, botines amarillos!”) Era asimismo mundano todo ginebrino, aun de buena familia, que frecuentara el teatro. (“Las obras de teatro son invenciones. No me interesa escuchar mentiras.”)

»Tantlérie estaba abonada al Journal de Genève porque era una tradición en la familia y, además, porque “le parecía” que tenía acciones del periódico. Con todo, no leía nunca ese respetable órgano de opinión, lo dejaba intacto en su faja porque desaprobaba, no su línea política, claro está, sino lo que ella llamaba las partes indecentes, entre otras: la página de moda femenina, el folletín de la mitad inferior de la segunda página, los anuncios matrimoniales, las noticias del mundo católico, las reuniones del Ejército de Salvación. (“¡Tss, a quién se le ocurre, religión con trombones!”) Indecentes eran también los anuncios de fajas y los de “Cabarets”!; con esta palabra designaba genéricamente todos los locales sospechosos, como music-halls, salas de baile, cines y hasta cafés. A propósito, que no se me vaya a olvidar: su reprobación cuando se enteró de que tío Agrippa un día en que estaba sediento se metió en un

café por primera vez en su vida y valerosamente pidió que le sirvieran té. ¡Qué escándalo! ¡Un Auble en el cabaret! De paso, indicar también en algún lugar de mi novela que Tantlérie no dijo ni la menor mentira en su vida. Vivir en la verdad era su lema.

»Muy ahorradora aunque generosa, nunca mandó vender uno solo de sus títulos, no por apego a los bienes de este mundo, sino porque se consideraba mera depositaria de su fortuna. (“Todo cuanto recibí de mi padre debe ir a parar intacto a sus nietos.”) He mencionado más arriba que “le parecía” tener acciones del Journal de Genève. En efecto, poco competente en asuntos financieros, consideraba sus acciones y sus obligaciones como cosas necesarias pero bajas que había que mencionar lo menos posible y de las que no resultaba conveniente ocuparse. Confiaba ciegamente en los señores Saladin, de Chapeaurouge y Compañía, banqueros de los Auble desde que desapareciera la banca Auble y personas totalmente respetables, si bien sospechaba que leían el Journal de Genève. (“Pero soy tolerante, me hago cargo de que para esos señores de la banca es una necesidad, tienen que estar al corriente de esas cosas.”)

»Ni que decir tiene que sólo nos tratábamos con gente de nuestra condición, todos furibundamente piadosos. En el seno de la tribu protestante *respectable* de Ginebra, mi tía y sus congéneres formaban un pequeño clan de ultras. Teníamos rigurosamente prohibido alternar con católicos. Un recuerdo mío: contaba yo once años cuando el tío Gri nos llevó por primera vez a Eliane y a mí a Annemasse, pequeña población francesa cerca de Ginebra. En el cupé de dos caballos de Tantlérie, conducido por nuestro cochero Moïse —calvinista de estricta observancia, a su vez, a pesar de su nombre—, excitación de las dos crías ante la idea de ver por fin católicos, aquellos indígenas misteriosos, en aquel extraño poblado. Durante el trayecto, cantábamos clamorosamente: “¡Vamos a ver católicos, vamos a ver católicos!”

»Vuelvo a Tantlérie. Tocada con el sombrero plano seguido del corto velo negro, salía cada mañana a las diez en su cupé, conducido por Moïse con sombrero de copa y botas vueltas. Salía a visitar su querida ciudad, a comprobar si todo estaba en su sitio. A la que le llamaba la atención algún defecto, barandilla arrancada, herraje amenazando caer o fuente pública sin agua, “subía a ver a uno de esos caballeros”, o sea a increpar a uno de los miembros del gobierno ginebrino. El prestigio de su apellido y de su carácter, reforzado por su prodigalidad y sus amistades, era tal que aquellos caballeros se apresuraban a darle satisfacción. A propósito del patriotismo ginebrino de Tantlérie: había roto con una princesa inglesa, tan piadosa como ella, pero que en una carta había insinuado una broma sobre Ginebra.

»A eso de las once, regresaba a su precioso chalé de Champel, su único lujo junto con su cupé. Muy caritativa, como ya he dicho, gastaba poquísimo para sí misma. Todavía recuerdo sus vestidos negros, muy solemnes, con un poco de cola detrás, pero viejísimos, lustrosos y cuidadosamente remendados. A las doce, primer toque de gong. A las doce y media, segundo toque, y había que acudir inmediatamente al comedor. No se toleraba el menor retraso. El tío Agrippa, Jacques, Eliane y yo aguardábamos de pie hasta que entrase la que en ocasiones llamábamos la Jefa. Como es natural, no tomábamos asiento en tanto ella no se hubiese sentado.

»En la mesa, tras las oraciones, se conversaba sobre temas decentes, tales como flores (“siempre hay que aplastar la punta del tallo de los girasoles para que duren”); o tonalidades de un atardecer (“he disfrutado tanto, me sentía tan agradecida ante todo aquel esplendor”); o cambios de temperatura (“he notado frío esta mañana al levantarme”); o el último sermón de un pastor venerado (“han sido palabras inteligentemente pensadas y magníficamente expresadas”). Se hablaba mucho también de los progresos de la evangelización en Zambeze, gracias a lo cual estoy empolladísima en tribus negras. Por ejemplo, sé que en Lesotho el rey se llama Lewanika, que los habitantes de Lesotho son los basutos y que hablan sesuto. En cambio, estaba mal visto hablar de lo que mi tía llamaba temas materiales. Recuerdo que un día en que cometí la torpeza de decir que la sopa me parecía demasiado salada, frunció el ceño y me fulminó con estas palabras: “Tss, Ariane, por favor.” Idéntica reacción cuando no pude evitar el alabar la mousse de chocolate que acababan de servirnos. No me llegaba la camisa al cuerpo cuando me miraba con sus ojos fríos.

»Fría y sin embargo profundamente buena. No sabía manifestarse, expresarse. No era insensibilidad sino noble reserva, o quizá temor a lo material. Casi nunca una palabra tierna, y las raras veces en que me besaba se limitaba a rozarme la frente con los labios. En cambio, cuando me ponía enferma, se levantaba varias veces durante la noche y venía, embutida en su vieja y majestuosa bata, a comprobar si yo estaba despierta o destapada. Tantlérie querida, pensar que nunca me atreví a llamarte así.

»Incluir en alguna parte de mi novela mis blasfemias de cuando era cría. Era piadosísima y sin embargo, mientras me duchaba, no podía evitar el decir de repente: ¡Maldito Dios! Pero al instante gritaba: ¡No no, no lo he dicho! ¡Dios es generoso, Dios es buenísimo! Y vuelta a empezar, a blasfemar otra vez. Me ponía enferma, me golpeaba para castigarme.

»Otro recuerdo me viene a la memoria. Tantlérie me había dicho

que el pecado contra el Espíritu Santo era el más grave de todos. Así que algunas veces, en la cama, por la noche, no resistía a la tentación de susurrar: ¡pues yo peco contra el Espíritu Santo! Claro está, sin saber lo que aquello significaba. Pero inmediatamente después, me quedaba espantada y me acurrucaba bajo las mantas, y le explicaba al Espíritu Santo que sólo era una broma.

»La pobre Tantlérie no se percataba de las angustias que nos causaba a Eliane y a mí. Por ejemplo, creía velar del mejor modo en pro de nuestros intereses espirituales hablándonos con frecuencia de la muerte, para prepararnos a lo único que contaba, la vida eterna. No tendríamos respectivamente más de diez y once años cuando ya nos leía relatos de niños modelo, agonizantes e iluminados, que oían voces celestes, se regocijaban de morir. Con lo cual, obsesión neurótica de mi hermana y mía. Recuerdo nuestro terror cuando leímos en un calendario bíblico el texto del domingo siguiente: “Morirás y te ocultarás en Dios.” Una de las primitas Armiot nos había invitado a Eliane y a mí a merendar aquel domingo, y yo le dije que no era seguro que pudiéramos ir, que estaríamos ocultas en Dios. Desde aquel día, aunque en realidad no haya perdido totalmente la fe, me siguen inspirando horror los cánticos, sobre todo el que empieza por En el país de la gloria eterna. Me da no sé qué cuando oigo en la iglesia a esa gente congregada que lo canta con falsa alegría, con exaltación enfermiza, y que intenta convencerse de que les encantará morir, cuando a la hora de la verdad llaman al médico por la menor pupa.

»Algunos recuerdos más, deshilvanados y en pocas palabras, para que no se me vayan de la memoria. Los desarrollaré en la novela. Tantlérie, su labor de cañamazo, tras los oficios de la mañana y de la noche. En los oficios solíamos acabar con el cántico Como un ciervo brama, lo que me daba ataques de risa que tenía que aguantarme. Pero Tantlérie rezaba mucho sola, tres veces al día, siempre a las mismas horas, en su boudoir, y había que guardarse mucho de molestarla. Una vez, la miré por el ojo de la cerradura. Estaba hincada de rodillas, con la cabeza inclinada y los ojos cerrados. De repente, miró con una sonrisa que me impresionó, una sonrisa extraña y hermosa. Mencionar también en algún sitio que nunca quiso recurrir a médico alguno, ni siquiera al tío Gri. Creía en la curación mediante la oración. A propósito de su temor a lo material al que ya he aludido, mencionar sus toallas en el cuarto de baño. Las había para las diferentes partes del cuerpo. La toalla para en medio no debía utilizarse nunca para la cara. Temor inconsciente al pecado, separación de lo sagrado y lo profano. No, lo de las toallas no lo diré en la novela: no quiero exponerme a que se burlen de ella. He olvi-

dato decir que nunca leyó novelas, siempre por el mismo motivo, la aversión a la mentira.

»A partir de ahora, sólo estilo telegráfico. Tras la muerte de Jacques y Eliane, Tantlérie y yo solas en el chalé; el tío Gri de médico misionero a África. Mi neurosis religiosa. Había dejado de creer o, mejor dicho, creía que había dejado de creer. En nuestro ambiente, a eso lo llamaban un vacío espiritual. Decisión de cursar una licenciatura en letras. En la universidad, conocí a Varvara Ivanovna, una chica emigrada de Rusia, fina, inteligente. Muy pronto nos hicimos amigas. La encontraba guapísima. Me gustaba besar sus manos, sus palmas rosadas, sus pesadas trenzas. Continuamente pensaba en ella. En definitiva, aquello era amor.

»Tantlérie disgustada por aquella amistad. “Una rusa, tss, ¡no me digas!” (El “digas” muy alargado, como un largo escape de vapor.) Se negó a que le presentara a Varvara, aunque no me prohibió que siguiera viéndola, lo que ya era mucho. Pero un día, se presenta la policía en casa a preguntar por una tal Sianova, titular de un permiso provisional de residencia. Yo no estaba en casa. El policía informó a Tantlérie de dos cosas terribles. Primero, de que mi amiga había formado parte de un grupo de mencheviques, en fin, de revolucionarios rusos. Luego, de que había sido amante del jefe de dicho grupo, expulsado de Suiza. Al anochecer, cuando yo volví, me ordenó que rompiera de inmediato con aquella persona de mala vida, vigilada por la policía, y revolucionaria por añadidura. Yo me rebelé. Al fin y al cabo, era mayor de edad. Aquella misma noche, hice el equipaje, ayudada por Mariette, la vieja criada. Tantlérie, encerrada en su habitación, se negó a verme y me marché. ¿Podré sacar una novela de todo esto? Prosigamos.

»Me instalé en la ciudad con mi amiga en un apartamento amueblado bastante lamentable. Disponía de poquísimo dinero mío, pues papá había perdido casi toda su fortuna en un lío financiero que llaman crac. Felices, las dos. Íbamos juntas a la universidad, yo a Letras, ella a Ciencias Sociales. Una vida de estudiantes. Los restaurantes baratos. Empecé a empolverarme un poco, cosa que no había hecho nunca en casa de Tantlérie. Pero carmín no me puse nunca ni me pondré. Queda sucio, vulgar. Empecé a aprender ruso, para poder hablar con ella, para tener más intimidad. Dormíamos juntas. Sí, era amor, pero puro, o casi. Un domingo, supe por Mariette, que venía a verme con frecuencia, que mi tía se marchaba a Escocia. Se me encogió el corazón, pues me daba perfecta cuenta de que, en definitiva, se exiliaba por la vida que yo llevaba.

»Unos meses más tarde, fue durante las vacaciones de Semana Santa, Varvara me confesó que padecía tuberculosis y que no podía volver a la universidad. Me había ocultado su estado para no inquietarme y tam-

bién para no agravar nuestra situación financiera con estancias en la montaña. Su médico, a quien me apresuré a ir a ver, me dijo además que era demasiado tarde para mandarla a un sanatorio, que a lo sumo le quedaba un año de vida.

»Durante aquel último año de su vida, no estuve nada bien. Por supuesto, renuncié a mis estudios para dedicarme enteramente a ella. La cuidaba, preparaba la comida, lavaba y planchaba. Pero a veces, por la noche, de repente me apetecía salir, aceptar una invitación de compañeros de la universidad, no chicas y chicos de mi ambiente, sino extraños, por lo común. De modo que a veces salía para ir a una cena, o a un baile de estudiantes o al teatro. Sabía que ella estaba gravemente enferma y sin embargo no podía resistir los deseos de distraerme. Varinka, cariño, perdóname, era tan joven. Al volver, me avergonzaba, sobre todo porque ella nunca me hacía reproches. Pero una noche, al regreso de un baile a las dos de la madrugada, al decirle no sé qué para justificarme, me contestó muy tranquila: “Sí, pero yo voy a morirme.” Nunca olvidaré aquella mirada clavada en mí.

»Al día siguiente de su muerte, miré sus manos. A simple vista, se las notaba pesadas como mármol. Eran mates, de una blancura apagada, los dedos estaban hinchados. Entonces comprendí que se había acabado, que todo había acabado.

»Al volver del cementerio, mi miedo en aquel pisito en el que Varvara me había esperado, de noche. Así que decidí mudarme al hotel Bellevue. Adrien Deume, que acababa de ser nombrado en la SDN y cuyos padres aún no habían ido a vivir con él, se alojaba en el mismo hotel. Una noche, me di cuenta de que casi no me quedaba dinero. Imposible pagar la cuenta de la semana. Sola en el mundo, nadie a quien dirigirme. Mi tío en el centro de África y mi tía en algún lugar de Escocia. Por lo demás, aunque hubiera tenido sus señas no me habría atrevido a escribirle. La gente de mi círculo social, primos, parientes lejanos, conocidos, me rehuía a raíz de mi fuga y de mi vida con “la revolucionaria rusa”.

»No sé exactamente lo que ocurrió después de tomar todas aquellas tabletas de veronal. Debí de abrir la puerta de mi cuarto ya que Adrien, al volver del trabajo, me encontró tumbada en el pasillo. Me levantó, me llevó a mi cuarto. Vio la caja de tabletas vacía. Médico. Lavado de estómago, inyecciones de no sé qué. Al parecer, me debatí entre la vida y la muerte durante varios días.

»Convalecencia. Visitas de Adrien. Yo le hablaba de Varvara, de Eliane. Él me animaba, me leía cosas, me traía libros, discos. La única persona del mundo que se ocupaba de mí. Estaba atontada. El envenenamiento me había trastornado la cabeza. Una noche, me preguntó si

quería casarme con él y acepté. Necesitaba una persona buena, que se interesase por mí, que me admirase, sabiendo como yo sabía que era una desclasada. Además sin un céntimo e inerme en la lucha por la vida, pues no sabía hacer nada, incapaz hasta de ser secretaria. Nos casamos antes de que llegasen sus padres. Su paciencia cuando le hablé del miedo que me daba lo que ocurre entre un hombre y una mujer.

»A poco de casarme, muerte de Tantlérie en Escocia. Citación en el despacho de su notario. En su testamento, pese a haber sido redactado después del escándalo de mi fuga, me lo dejaba todo, menos el chalé de Champel, que le legaba al tío Agrippa. Llegada de los padres de Adrien. Mi neurastenia. Me pasé semanas tumbada en la habitación, leyendo. Adrien me traía las comidas. Luego, quise abandonar Ginebra. Adrien pidió varios meses de permiso sin sueldo. Nuestros viajes. Su buena voluntad. Mis arranques de malhumor. Una noche, lo eché porque estaba él y no Varvara. Después, lo llamé. Volvió, tan dulce, tan bueno. Entonces le dije que era una mala mujer pero que ahora se había acabado, que en lo sucesivo sería buena y que tenía que reincorporarse a su trabajo. Regresamos a Ginebra e hice lo posible por mantener mi promesa.

»A nuestra vuelta, invité a amigas de las de antes. Vinieron con sus maridos. Desde entonces, se acabó, no he vuelto a saber nada de ellas. Vieron a la Deume y a su maridito; eso les bastó. Mis primos, los Armiot y los Saladin entre otros, sí me invitaron, pero sola, sin mencionar a mi marido. Me abstuve, como es natural.

»Tengo que sacar un personaje del papi Deume que me cae bien y también otro personaje de la Deume, la falsa cristiana con sus muecas piadosas. El otro día, la muy arpía me preguntó por la salud de mi alma y me dijo que estaba a mi disposición si quería tener una conversación seria con ella. En su lenguaje, conversación seria quiere decir conversación religiosa. Una vez se atrevió a preguntarme si creía en Dios. Le contesté que no siempre. Entonces, para convertirme, me explicó que Napoleón creía en Dios, por lo que yo también debía creer. Todo eso no son más que intentos de dominar. La detesto. Qué va a ser cristiana, es todo lo contrario. Es una víbora y una mala bestia. El tío Agrippa sí que es un auténtico cristiano. Más bueno que el pan, un santo. Los protestantes de verdad son de lo mejorcito. ¡Viva Ginebra! Tantlérie también estaba bien. Su fe era un poco a lo Antiguo Testamento, pero noble, sincera. Además, el lenguaje de la Deume es horrendo. Para decir despilfarrar, dice vilipendiar. Para decir bonito, dice bonico, para decir ambiente, dice amiente, para decir problema dice poblema y para decir por favor, dice poro favor. Aparte de todos los contra más que suelta cada dos por tres.